

ALBACETE ANTE LA CRISIS COLONIAL DE 1898 M. Morcillo Rosillo

*Matilde Morcillo Rosillo está en la Universidad de
Castilla-La Mancha*

INTRODUCCIÓN

COMO ya se encuentra próximo el centenario de la crisis de 1898, Chemos querido aprovechar tal evento para hacer una primera aproximación al conflicto hispano-norteamericano a través de la prensa, centrándonos principalmente en Albacete y su provincia.

En este número sólo incluiremos —dada la limitación del espacio— los antecedentes del incidente, la actitud del pueblo de Albacete al conocer la declaración de guerra que Estados Unidos hacía a España en abril de 1898 y su comportamiento ante el conflicto.

No olvidaremos las muestras de valentía y patriotismo del pueblo albaceteño a lo largo de la historia y que en esta ocasión, en la que estaban en juego las últimas posesiones del que un día fuera el gran Imperio colonial de España, no podía defraudar. Ya se encargaría de ello la prensa nacional y local enardeciendo a las masas y presionando a los gobiernos.

Dejaré para el próximo número, coincidiendo con el centenario del desastre (1898), el desarrollo de la guerra y sus consecuencias.

PLANTEAMIENTO

El remanso de la Restauración fue turbado más que por las agitaciones anarquistas, todavía insignificantes, por la erupción de un problema en Ultramar, que desembocó en una catástrofe nacional.

La isla de Cuba se había revalorizado con el desarrollo económico, hasta constituir una fuente primordial de la riqueza española; fue esto lo que motivó a los propios cubanos a tomar conciencia de sus posibilidades y a alentar su independencia.

Varias veces se habían alzado algunos elementos de la isla contra la dominación española, pero todos habían sido sofocados. En 1895 estalló el grito de Baire y la insurrección se extendió con más fuerza que

nunca. Contaba con hombres como Máximo Gómez, José Martí, Antonio Maceo⁽¹⁾ y lo que es más importante, la ayuda de EE.UU., que abrigan la esperanza de que la emancipación de Cuba podría permitir al capital americano monopolizar la rica producción azucarera de la isla.

Cánovas y Sagasta se opusieron a toda concesión independentista. Cuba era parte integrante de España. El general Martínez Campos fue enviado a Ultramar con plenos poderes: concentrar a la población en campos de alambradas, fusilar, sembrar el terror, etc.⁽²⁾, pero no quiso. La operación fracasó. Martínez Campos fue sustituido por el general Weyler, militar enérgico y buen concededor de Cuba. Empleó el sistema de los campos de concentración en condiciones espantosas, lo que fue muy protestado por los norteamericanos, aunque ellos también lo habían utilizado en la guerra de Secesión⁽³⁾.

Había que darse prisa, pues acababa de ser elegido presidente de los EE.UU. el republicano Mackinley, partidario de la intervención en Cuba. El año de 1897 fue una dramática lucha contra el tiempo. Weyler tenía que acabar con la insurrección cubana antes de que los americanos interviniesen, pero el 8 de agosto de ese año Cánovas fue asesinado.

Al subir Sagasta al poder cambió de idea y pensó que sería mejor conceder una amplia autonomía que convenciese a todos los cubanos. Era demasiado tarde, Sagasta retiró a Weyler y se perdieron todas las ventajas. Organizó un gobierno semiautónomo en la isla, con un parlamento propio y una administración independiente de la Península, pero la solución no convenció a casi nadie. A EE.UU. se le presentaba una buena ocasión para intervenir⁽⁴⁾.

Es decir, que las clases dirigentes no supieron ni abordar a tiempo ni a fondo el problema de la reforma de la administración colonial ni aceptar la impopularidad que hubiera comportado un enfoque realista de la situación⁽⁵⁾.

El año de 1898 se presentó cargado de tristes presagios. En efecto, en 1898 el crucero norteamericano «Maine», anclado durante mucho tiempo en la bahía de La Habana para proteger las vidas y propiedades americanas, hizo explosión y se fue a pique con una buena parte de su tripulación. Nunca llegaron a aclararse del todo las causas de la catás-

(1) BAHAMONDE, A. y JULIÁN TORA: «De la Restauración al desastre colonial», en *Historia de España*, dirigida por TUÑÓN DE LARA, Historia 16, Madrid, 1990, pág. 914; MARTÍNEZ DE VELASCO y otros: «El siglo XIX», vol. V. *Manual de Historia de España*, Historia 16, Madrid, 1990.

(2) *Ibidem*: Págs. 914-917.

(3) SECO, C.: *Introducción a la Historia de España. Edad Contemporánea*, Teide, Barcelona, 1982, pág. 773; MESA, R.: *El colonialismo en la crisis del siglo XIX español*, Madrid, 1967.

(4) «Diario de Albacete», 14 de enero de 1897.

(5) SECO, C.: *Introducción a la Historia de España. Edad Contemporánea...*, pág. 775; RENOUVIN, P.: *Historia de las Relaciones Internacionales. Siglos XIX-XX*, Akal, Madrid, 1982.

trofe, que los norteamericanos achacaron a un sabotaje español y los españoles a un fallo interno del buque.

España no pudo conseguir una comisión conjunta que aclarase la situación y los americanos estaban dispuestos a explotar al máximo el incidente del «Maine», si bien el almirante Sieard, jefe de la escuadra del Atlántico, decía que la cuestión del «Maine» se podría arreglar mediante un arbitraje, ya que encontraba lícito el que estuviesen colocadas las minas en el puerto de La Habana, pues si él hubiese estado al frente de dicho puerto también las hubiera habido⁽⁶⁾.

Mientras tanto, en EE.UU. se desencadenó una campaña animada por Roosselvet y por la prensa encaminada a intervenir en Cuba. Las proposiciones de Woodford, embajador de EE.UU. en España no dejaban dudas: ceder Cuba, por las buenas, mediante indemnizaciones o por las malas, la guerra⁽⁷⁾. Moret, ministro de Ultramar, rechazó las ofertas, en tanto que el gobierno entero pedía ayuda a las potencias europeas, incluso hasta al Papa, sin resultados positivos⁽⁸⁾.

Aunque al principio nadie estaba dispuesto a ayudarnos debido a la mala política exterior del gobierno español, tenemos que decir que España no parecía estar tan sola como pensaban muchos yankis. El incidente del «Maine» había servido para afianzar aún más las simpatías que España despertaba en Europa⁽⁹⁾.

Lo ocurrido con el «Maine» era la excusa de EE.UU. para atacar a España⁽¹⁰⁾. Según muchos historiadores no hubo justificación legal ni moral para intervenir. Si bien, en Norteamérica, numerosos periódicos difundían noticias falsas diciendo que el desastre había sido intencionado por España⁽¹¹⁾; otros se inclinaban por una ruptura de hostilidades inmediata.

Sin embargo, el propio presidente Mackinley sabía que su nación ni tenía ejército preparado ni bastante armamento ni estaba en condiciones de declarar una guerra que empezaría con España, pero que no sabía con quien la terminaría. Era consciente de que las potencias internacionales no permitirían el engrandecimiento de EE.UU.⁽¹²⁾; no obstante, había dado un plazo de quince días, pasados los cuales intervendría⁽¹³⁾.

(6) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(7) «Defensor de Albacete», 2 de marzo de 1898.

(8) BAHAMONDE, A. y JULIÁN TORA: «De la Restauración al desastre colonial» ..., págs. 914-917. PABÓN, J.: «El 98, acontecimiento internacional», en *Días de ayer. Historia e historiadores contemporáneos*, Barcelona, 1963.

(9) «Diario de Albacete», 1 de febrero de 1898.

(10) «Diario de Albacete», 22 de febrero de 1898; «Defensor de Albacete», 16 de febrero de 1898.

(11) «Defensor de Albacete», 18 de febrero de 1898.

(12) «Diario de Albacete», 25 de febrero de 1898; PALACIO ATARD, V.: *Edad Contemporánea I (1808-1939)*, España Calpe, Madrid, 1988.

(13) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

I. HACIA LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA

Se sabe que cuando el «Maine» llegó a La Habana, lo que más preocupó al presidente norteamericano fue la presencia en la bahía de buques ingleses, alemanes y franceses, preguntándose por qué estarían en aquella zona y qué misión tendrían que cumplir, habida cuenta que odiaban a EE.UU. ¿Acaso no sería para dar un toque de atención a su país, pues si bien poseía mucho dinero y hombres, no contaba con un ejército bien organizado e instruido?⁽¹⁴⁾ En cualquier caso, la opinión pública norteamericana se inclinaba cada vez más hacia la guerra.

En España, por el contrario, toda la gente se cuestionaba si habría guerra o no. La Conferencia que por aquellos días se estaba celebrando entre Sagasta, Moret, Guillón y el embajador de EE.UU. en España, señor Woodford, no sirvió para nada, y prueba de ello es que después de mucho hablar dicho embajador y preguntar cuáles serían las condiciones en que España reconocería la independencia de Cuba, Sagasta, al oír la palabra independencia, interrumpió diciendo: «Basta, señor embajador, es completamente inútil que prosiga usted por ese camino. Yo, como presidente del gobierno de la Nación, y más que nada como español, no puedo escuchar dignamente tales preguntas y proposiciones. Ruégole, pues, que varíe de conversación»⁽¹⁵⁾.

La actitud de Sagasta demostraba la postura de firmeza de España, sin temor a una guerra con EE.UU.⁽¹⁶⁾ A partir de ese momento la situación comenzaría a complicarse, pues todos eran conscientes de las consecuencias que ello podría acarrear.

En Francia ya se empezaba a hablar del tema abiertamente, reflejándose en la prensa gala el respeto que Francia sentía por España, elogiando el valor de los soldados y marinos españoles. La mayoría de los franceses estaba al lado de España para cualquier conflicto que pudiera surgir con los EE.UU. y lo que es más importante, que toda la prensa francesa acusaba a Norteamérica de querer quedarse con Cuba, cosa que no sucedería, afirmaba «Le Gaulois», mientras aliente un español y quede alguien con vida en la Metrópoli y en la Antilla⁽¹⁷⁾.

Al mismo tiempo, el gobierno provisional de La Habana, según noticias oficiales, dirigía un enérgico telegrama a Mackinley censurando con dureza la inmiscuición del gabinete de Washington en los asuntos de la Antilla: «La isla de Cuba tiene un gobierno español, cuya sobera-

(14) «Diario de Albacete», 25 de febrero de 1898.

(15) BAHAMONDE, A. y JULIÁN TORA: «De la Restauración al desastre colonial»..., págs. 914-917.

(16) «Diario de Albacete», 30 de marzo de 1898.

(17) «Diario de Albacete», 2 de abril de 1898.

nía reconocen todos los habitantes de la Antilla y no consentirán la intromisión de EE.UU. ni otra nación extranjera»⁽¹⁸⁾.

No parecía importarle demasiado estas palabras a Mackinley, cuando ordenaba enviar socorros a los cubanos reconcentrados⁽¹⁹⁾, y daba la señal para que todos los cruceros que formaban la flota norteamericana con bases en Cayo Hueso empezasen a desembarcar⁽²⁰⁾, al tiempo que otro barco norteamericano descargaba armas y municiones en dos importantes puertos de Cuba⁽²¹⁾.

Era tal la gravedad de los hechos, que un periódico inglés anuncia-ba que numerosos habitantes de la isla se disponían a emigrar. Incluso el cónsul de los EE.UU. en Cuba, señor Lee, estaba preparando su salida de la isla, mientras que el embajador Woodford pensaba ausentar su familia de España⁽²²⁾.

No eran para menos estas medidas, máxime cuando en la Península todas las provincias empezaban a ponerse en estado de alerta ante la inminencia de una posible guerra. Así, por ejemplo, en Albacete, en la sesión ordinaria del Ayuntamiento que se celebró el 1 de abril de 1898, el presidente Fernández Valverde, catedrático y director del Instituto, condenaba la acción de EE.UU. con estas palabras:

«Si la suerte se obstina en que suframos nuevas desventuras, las soportaremos con serenidad y con altivez, antes de que se mancille la honra de la Patria. Albacete, que ha sido siempre un pueblo eminentemente liberal, responderá, si llega el caso, como ha respondido en cuantas ocasiones se han excitado sus sentimientos nobles y patrióticos». Como se sabe, no estaba lejana la participación del pueblo de Albacete en la guerra de África (1859)⁽²³⁾.

Pocos días después, el alcalde de la Corporación municipal de Albacete con motivo de la cuestión hispano-norteamericana, a fin de que el Ayuntamiento pudiera adoptar algunas medidas en caso de guerra, reunió a todos sus miembros y acordaron lo siguiente⁽²⁴⁾:

1º. Dirigir por telégrafo al Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de ministros un entusiasta mensaje de felicitación e incondicional apoyo por parte del Ayuntamiento al gobierno de S.M. por sus acertadas y enérgicas gestiones llevadas a cabo con motivo de las críticas circunstancias que estaba viviendo la nación española.

(18) «Diario de Albacete», 2 de abril de 1898.

(19) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(20) «Diario de Albacete», 2 de abril de 1898.

(21) «Defensor de Albacete», 28 de febrero de 1898.

(22) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(23) MORCILLO, M.: «Albacete y la guerra de África (1859-1862)», Ensayos, nº 8, Albacete, 1993, págs. 83-94.

(24) A.H.P.A. Sección Municipios. Albacete. Acta Capitular de 4 de abril de 1898.

- 2º. Designar una comisión del seno de S.E. presidida por el señor alcalde, en la que se halle representada la prensa local por uno de los señores concejales y constituida por los señores Flores, Villar, Quijada, Ruiz del Castillo, etc., cuyo objeto sea estudiar y promover los medios más adecuados y convenientes para obtener recursos extraordinarios de carácter público para hacer frente esta capital a los gastos de guerra, si desgraciadamente llegase a declararse con la República norteamericana.
- 3º. Reservar para este caso dos plazas dotadas de fondos municipales de los comprendidos en los presupuestos de este Ayuntamiento, a fin de proyectar en su día en los heridos de campaña, hijos de esta capital, y crear cuatro pensiones vitalicias de 50 céntimos de peseta diarios cada una, a favor de otros tantos hijos de esta población que resultasen inútiles por la misma causa de guerra, sus padres e hijos, si aquéllos fallecían en esta ciudad, debiendo someterse oportunamente este acuerdo a la Junta municipal.

Por otro lado, la prensa internacional creía que la guerra estallaría muy pronto; la italiana, por el contrario, confiaba que con la valiosa intervención de Su Santidad León XIII se lograría evitar el enfrentamiento entre ambas naciones, aunque según se dijo, varios pastores protestantes habían pedido a Mackinley que no aceptara el arbitraje del Papa⁽²⁵⁾. Sin embargo fallaron todos los intentos. Desde la proposición norteamericana a España en secreto de vender Cuba por 300 millones de pesetas –EE.UU. tenía la intención de comprar Cuba–, pasando por la vía diplomática y un arbitraje internacional hasta la mediación del Papa. Todo fue inútil⁽²⁶⁾.

Un dato curioso a destacar es que los periódicos belicosos de Nueva York estaban repartiendo papeletas con el diario preguntando si EE.UU. debía declarar la guerra a España. El resultado de la encuesta fue el siguiente:

Partidarios de la guerra	120.000
En contra	40.000
En blanco	2.000

Las cifras hablan por sí solas. La población norteamericana se inclinaba por una intervención armada⁽²⁷⁾.

No parecía más halagüeña la situación que se estaba viviendo en las Antillas, donde los grupos hostiles a España no cesaban de provocar continuas agitaciones. Se sabe que desde 1895 y 1896, los rebeldes ha-

(25) «Defensor de Albacete», 6 de abril de 1898.

(26) COMELLAS, J. L.: *Historia de España Contemporánea*, Rialp, Madrid, 1993, págs. 282-289.

(27) «Diario de Albacete», 9 de abril de 1898.

cían difícil la vida en La Habana, lo que llevó a EE.UU. a enviar el acorazado «Maine»⁽²⁸⁾.

No lejos de allí, en el Senado norteamericano acababa de presentarse una resolución proponiendo a la Cámara que se pidiese a España la inmediata evacuación de la Gran Antilla por la marina y el ejército españoles y que se reconociese al mismo tiempo la república cubana, pues la situación en la isla era ya insoportable⁽²⁹⁾. Poco después, los senadores pronunciaban discursos violentísimos contra España exigiendo que reconociera la independencia de Cuba al tiempo que declaraban la guerra a España⁽³⁰⁾.

Como la esperanza es lo último que se pierde, en círculos diplomáticos se seguía hablando de la posibilidad que existía de llegar a un acuerdo en el conflicto con la mediación de las potencias europeas, en virtud de un convenio que tendría como base la ampliación del régimen autonómico y la prolongación de la suspensión de hostilidades, mientras sometían a un arbitraje el incidente de la voladura del «Maine»⁽³¹⁾.

En este sentido, el embajador inglés en EE.UU. se ofrecía como intermediario entre España y EE.UU. Por otro lado, el gobierno norteamericano había consultado la opinión de las potencias europeas en caso de guerra con España. La mayoría de ellas eran partidarias de permanecer neutrales, si bien, Alemania y Austria decían que llegado el momento se reservarían su libertad de acción. La reina Victoria por su parte deseaba vivamente la paz entre España y Norteamérica⁽³²⁾.

En cualquier caso, en España se respiró un poco al conocerse la actitud de los países extranjeros al respecto, lo cual no impedía sentir cierto recelo, temiendo que la atención que dichas potencias venían prestando a los asuntos de la Península se distrajesen debido a las complicaciones que estaban surgiendo en Extremo Oriente, sin olvidar las negociaciones de EE.UU.⁽³³⁾ para celebrar tratados de comercio con Inglaterra y atraerse las simpatías de ésta en la cuestión hispano-norteamericana⁽³⁴⁾. A pesar de ello, todos los intentos fracasaron. En medios diplomáticos de París se decía que la guerra entre España y EE.UU. era cuestión de días, y el diputado francés Barón interpelaba a la Cámara manifestando que Francia no podía seguir estando indiferente ante el conflicto hispano-norteamericano ni podía tampoco autorizar la

(28) CARR, R.: *España, 1808-1939*, Ariel, Barcelona, 1970, págs. 365-373.

(29) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(30) «Diario de Albacete», 13 de abril de 1898; «Defensor de Albacete», 13 de abril de 1898.

(31) «Diario de Albacete», 16 de abril de 1898.

(32) «Defensor de Albacete», 9 de febrero de 1898.

(33) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(34) «Eco de Albacete», 14 de mayo de 1898.

monstruosa intrusión de los yanquis. Pensaba que Francia debía exhortar a los dos países para que llegasen a una pronta reconciliación⁽³⁵⁾.

En España, sin embargo, se hacía un llamamiento a la población para que todos prestasen su apoyo al gobierno y le facilitasen los elementos necesarios para defender el honor y la integridad del territorio. Esta era la «gran mentira», como señalaba Pabón, según la cual, no había más alternativa que el deshonor o la guerra. La guerra misma tenía posibilidades de ser ganada⁽³⁶⁾.

Hubo que hacer un esfuerzo sobrehumano. «Hasta el último hombre y la última peseta», afirmaba Cánovas. Pero lo cierto es que el peso recayó sobre las clases trabajadoras y modestas de la Península, ya que la posibilidad de reducción o de sustitución permitía eludir el servicio militar en Ultramar a los mozos dispuestos a abonar una determinada cantidad en metálico. Es decir, que sólo arriesgarían la vida en las Antillas los jóvenes campesinos –también los obreros, pero menos–, que no pagasen una redención en metálico⁽³⁷⁾. Los ricos no iban porque pagaban.

Se sabe que el gobierno español, en vez de establecer un impuesto extraordinario de guerra, lanzó el Empréstito nacional voluntario (1896), bajo la iniciativa o presión de las Cámaras de Comercio, Círculos de Labradores y algunas personalidades influyentes como el marqués de Comillas, temerosos de que se decretasen contribuciones de guerra o empréstitos forzosos⁽³⁸⁾.

II. DECLARACIÓN DE GUERRA

1. Comportamiento de Albacete

A pesar de todos los esfuerzos, mediaciones y buenas intenciones, la intervención norteamericana era ya una realidad. El 20 de abril de 1898 el presidente norteamericano mediante un formal ultimátum exigía a España la renuncia a su soberanía sobre Cuba en el plazo de tres días. Como la postura española ya se conocía, el 23 de abril EE.UU. declaraba la guerra a España.

A partir de ese momento comenzaron a producirse por toda la Península manifestaciones populares, dándose incesantes vivas a España y al ejército y muertas a los norteamericanos, habiendo tenido que intervenir la policía en algunas provincias. En Valencia, por ejemplo, los

(35) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898.

(36) SECO, C.: *Introducción a la Historia de España. Edad Contemporánea...*, pág. 775; LAÍN ENTRALGO, P.: *La generación del «98»*, Madrid, 1947.

(37) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 12 de enero de 1898.

(38) CARR, R.: *España, 1808-1939...*, págs. 365-373.

manifestantes arrastraron la bandera de los EE.UU.⁽³⁹⁾, lo que contrasta con lo ocurrido en Washington, donde manifestaciones antiespañolas daban gritos de muera España. Quemaron incluso un retrato de Sagasta y la bandera española⁽⁴⁰⁾.

Una vez declarada la guerra, en todas las provincias se crearon junta provinciales encargadas de hacer suscripciones para incrementar la escuadra y hacer frente a los gastos de guerra. Así pues, la reina M^a Cristina decretaba lo siguiente⁽⁴¹⁾:

- 1º. Se abre una suscripción nacional voluntaria para atender el fomento de la marina y a los gastos de guerra.
- 2º. Se crea una Junta Central para reunir los donativos en metálico y en especie.
- 3º. En cada provincia se crea una Junta Auxiliar.
- 4º. Las Juntas Auxiliares las compondrán el arzobispo u obispo de las Diócesis, a que corresponda la capital de la provincia, la autoridad superior de la Marina (donde exista), el gobernador civil, el Presidente de la Audiencia, delegado de Hacienda, el Presidente de la Diputación, el Presidente del Ayuntamiento y el Director de la sucursal del Banco de España.
- 5º. La cantidad recogida se ingresará en la sucursal del Banco de España. En el caso de Albacete, la Junta fue constituida por el cura arcipreste, por delegación del señor obispo de la Diócesis, el gobernador civil, el comandante militar, el alcalde, el presidente de la Diputación, el presidente de la Audiencia Territorial, el delegado de Hacienda y el director de la sucursal del Banco de España.

Todos los asistentes estaban dispuestos a cooperar en la suscripción. Se esperaba de ellos que correspondiesen al patriotismo de la provincia, a lo solemne de la ocasión y a las necesidades de la Patria. Albacete era pobre, pero sus hijos sentían un gran amor a la Patria. A decir verdad, la opinión pública dio muestras de una ignorancia manifiesta sobre la situación real y de un planteamiento más romántico y apasionado que realista del problema ultramarino⁽⁴²⁾. El mismo día 23 de abril de 1898 quedaba abierta la suscripción; dos meses después se habían recaudado 27.486.29 pesetas⁽⁴³⁾.

Paralelamente, el Diario oficial del Ministerio de Guerra publicaba una circular llamando a filas a unos 30.000 hombres de los excedentes

(39) «Diario de Albacete», 21 de abril de 1898.

(40) «Defensor de Albacete», 20 de abril de 1898.

(41) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 20 de abril de 1898.

(42) «Defensor de Albacete», 6 de abril de 1898; SECO, C.: *Introducción a la Historia de España. Edad Contemporánea...*, pág. 775.

(43) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 3 de junio de 1898.

de cupo de 1897, de entre los cuales 387 correspondían a la provincia de Albacete⁽⁴⁴⁾. Igualmente un Real Decreto de 1-7-1898 obligaba a que se incorporasen a filas todos los individuos que se encontrasen en sus casas con licencia trimestral por exceso de fuerza, como asimismo los que habían regresado de Ultramar que hubiesen cumplido cuatro meses de licencia reglamentaria. Entre éstos había un llamamiento para el soldado José Gómez Cánovas, de Casas de Juan Núñez⁽⁴⁵⁾. Por su parte, el gobernador civil de Albacete publicaba el siguiente Boletín Oficial:

«Cumpliendo el gobierno de S.M. con uno de sus más sagrados deberes, cual es poner a los pies del trono los poderes de él recibidos cuando circunstancias extraordinarias así lo piden y llegadas éstas a alcanzar una gravedad tal que han obligado al gobierno a romper sus relaciones diplomáticas con una república americana; el Excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros que con tanta entereza y prudencia ha sabido conducir la marcha de nuestra política internacional, sin desmayos ni debilidades, que hubieran podido originar una crisis, ha aconsejado la conveniencia de que oiga el parecer de los más caracterizados elementos políticos del país.

S.M. la reina regente, después de retirar su confianza al gobierno, ha tenido a bien aceptar el consejo y en estos momentos oye cuantas opiniones autorizadas hay en la política militante sobre los graves problemas que entraña la política internacional en los presentes momentos planteados.

Y para alcanzar la opinión que pudiera ser mistificada por noticias exageradas y sin fundamento, publico el presente extraordinario al Boletín Oficial de esta provincia».

A partir de ese momento, Albacete y su provincia se movilizaron al completo. La Diputación provincial acordaba celebrar una corrida de toros, cuyos beneficios se destinarían a las necesidades de la guerra. Por otro lado, los jefes y oficiales albaceteños del ejército retirados, D. Manuel Pérez, D. Eustasio Moya, D. Bernabé Flores y D. José García entre otros, dirigían una expresiva y respetuosa carta al ministro de Guerra, dadas las difíciles circunstancias que atravesaba la nación, ofreciéndose a prestar sus servicios donde el gobierno juzgase oportuno. Se organizó también la sociedad «pro-patriótica» para recaudar dinero⁽⁴⁶⁾.

El 26 de abril de 1898 se celebró en Albacete una gran manifestación en la que participaron todas las clases sociales de la capital. Dieron entusiastas vivas a los reyes, al ejército, a la marina y a la Cuba española⁽⁴⁷⁾. Por la mañana tomaron parte varios estudiantes y numerosos dependientes del comercio; por la tarde se agregaron la banda de música municipal e infinidad de personas.

(44) «Diario de Albacete», 23 de abril de 1898; «Defensor de Albacete», 22 de abril de 1898.

(45) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 11 de junio de 1898.

(46) «Defensor de Albacete», 27 de abril de 1898; «Eco de Albacete», 15 de mayo de 1898.

(47) «Defensor de Albacete», 27 de abril de 1898.

Posteriormente dirigieron la palabra a los manifestantes el alcalde y el gobernador civil, este último, a su vez, visto el entusiasmo popular de los albaceteños, enviaba el siguiente telegrama a Sagasta:

«Al presidente del Consejo de Ministros:

El pueblo de Albacete reunido todo en solemne y patriótica manifestación acude respetuosamente a V.E. y felicita al gobierno de S.M. por su enérgica actitud ante las difíciles circunstancias que atraviesa la Nación y ofrece su decidido concurso y hasta el sacrificio de su vida para la defensa del honor y la integridad nacional».

Por su parte, el alcalde, haciéndose intérprete de los sentimientos de patriotismo, por ninguna otra población superados, propuso al Ayuntamiento contribuir con sus fondos, en la mayor medida que su precario estado le permitía, en la suscripción nacional⁽⁴⁸⁾.

No sólo se recogía dinero en España para atender a los gastos de guerra, sino que también en La Habana se estaban celebrando importantes manifestaciones patrióticas por parte de casi toda la sociedad: comerciantes, cuerpo de bomberos y voluntarios, autoridades y otras entidades, reuniéndose hasta 350.000 pesos⁽⁴⁹⁾.

Sin embargo, en medio de todo este patriotismo había gente sin escrúpulos que sólo iban a aprovecharse de la situación. En efecto, la alarma que se produjo entre los tenedores de billetes de banco, que se habían apresurado a cambiarlos por plata en diferentes sucursales, era tan infundada como antipatriótica en aquellas circunstancias que estaba atravesando el país.

En cualquier caso, no cesaban los actos patrióticos en Albacete. Por citar alguno señalaremos el celebrado en el Casino Artístico por iniciativa de su presidente, D. Tomás Pérez Linares. Se hizo una colecta entre los socios recaudándose en poco tiempo la suma de 455 pesetas y 20 céntimos.

En otra ocasión, los empleados del ferrocarril de M.Z.A. habían acordado ceder un día de sueldo con destino a los gastos de guerra. Su donativo ascendió a más de 40.000 pesetas. También participó el colegio de abogados con 4.000 pesetas⁽⁵⁰⁾; o la Comisión de comerciantes con 9.000⁽⁵¹⁾. Más lejos llegó el presidente de la Cámara agrícola que ofreció la cuarta parte de su sueldo mientras durase la guerra y el importe de un trimestre de su contribución todos los años durante el mismo tiempo. Incluso los ayuntamientos de los pueblos de Almansa, La Herrera, Montalvos, Higuera, Liétor, etc., colaboraron celebrando corridas patrióticas, cediendo las localidades que le correspondían a

(48) A.H.P.A. Sección Municipios. Albacete. Acta Capitular de 27 de abril de 1898.

(49) «Eco de Albacete», 26 de marzo de 1898; «Defensor de Albacete», 25 de abril de 1898.

(50) «Defensor de Albacete», 25 de abril de 1898.

(51) «Defensor de Albacete», 27 de abril de 1898.

beneficio de la entidad organizadora, con destino a la suscripción nacional⁽⁵²⁾.

Por otro lado, el gerente de la compañía fabril «Singer», D. Emilio de Martín, enviaba una circular a sus empleados para que diesen fondos para la marina y sostenimiento del ejército. Otras veces se harían suscripciones para llevar recursos a los huérfanos de los que perdieron la vida en los campos de batalla de Cuba y Filipinas⁽⁵³⁾.

En definitiva, toda la provincia, pero particularmente la capital se había volcado con la causa. Todos se echaron a la calle para pedir la colaboración. Desde las autoridades, pasando por los estudiantes, entidades privadas y todo tipo de asociaciones, hasta la Iglesia. Todo se aceptaba por pequeña que fuese la cantidad. Hasta donativos en especies llegaron a recogerse⁽⁵⁴⁾.

Lo importante ya no era la cantidad, sino los gestos de apoyo a la causa, que en más de una ocasión fueron correspondidos desde el propio gobierno central. Sirva de ejemplo el telegrama de agradecimiento que la Presidencia del Consejo enviaba al gobernador civil de Albacete: «El gobierno agradece a ese vecindario y a esa Diputación patrióticos ofrecimientos»⁽⁵⁵⁾.

Mientras en España seguían las muestras de adhesión y patriotismo; la prensa internacional hacía numerosas conjeturas sobre el conflicto, aunque en ocasiones, totalmente irresponsable, enardeciera a las masas y presionara sobre los gobiernos para no ceder ante EE.UU. Así, «Le Journal» (París) decía que en caso de guerra marítima entre España y EE.UU. lo que más perjudicaría a los americanos sería el corso; pero como España —añadía dicho diario— se adhirió al convenio en el que las grandes potencias renunciaban entre sí al corso, se hallaba en libertad de emplearlo contra un enemigo que interpreta de un modo extraño el Derecho de Gente. «Le Figaro» opinaba al respecto y decía que España tenía indiscutible derecho al corso.

El presidente Mackinley, en una entrevista concedida al corresponsal del «Times» en Washington, declaraba tener la conciencia tranquila por haber hecho todo lo posible para evitar la guerra y conservar la paz. Aunque el bloqueo a Cuba, decía el presidente, perjudicaría a los ciudadanos, los EE.UU. no querían anexionarse la isla, sino dejarla libre, si bien quedaría como un protectorado indefinido de los EE.UU.

El «Vaterland», periódico católico, manifestaba que a pesar del miedo de Europa ante América, lo más probable era que España no estuviese sola en la lucha.

(52) «Eco de Albacete», 13 de mayo de 1898.

(53) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 20 de abril de 1898.

(54) «Diario de Albacete», 4 de mayo de 1898; «Defensor de Albacete», 27 de abril de 1898.

(55) «Defensor de Albacete», 27 de abril de 1898.

Por último «Le Soleil» afirmaba que más que un conflicto entre dos pueblos, la guerra hispano-norteamericana sería una lucha de la raza latina contra la invasión anglo-sajona; del catolicismo contra el protestantismo y de la monarquía contra la democracia⁽⁵⁶⁾.

En cualquier caso, la guerra era una realidad, que poco a poco se iba volviendo más crítica para España, al menos así lo confirmaban los alarmantes telegramas que continuamente llegaban desde las Antillas. Prueba de ello es el siguiente: «Cavite en manos norteamericanas, 960 bajas españolas. La capital sitiada»⁽⁵⁷⁾.

Ante estas noticias, el gobernador civil de Albacete, D. Tomás Pérez Linares, publicaba la siguiente nota:

«Que en previsión de sucesos que hicieran necesario la intervención armada, y con el fin de que cualquier perturbación en el orden público pueda ser reprimida con toda energía que exige la situación por la que atraviesa la Patria y con arreglo a lo que dispone la Ley de orden público en sus artículos II al XV, reunida la Junta de Autoridad y previa la autorización del gobierno de S.M., he acordado que la autoridad militar se haga cargo del mando de la provincia, en cuanto al orden público se refiere, quedando, por tanto la provincia en estado de guerra.

Lo que hago público para todos los habitantes de la provincia.
Albacete, 8 de mayo de 1898»⁽⁵⁸⁾.

La educación también se vería alterada por el conflicto. Así, un Real Decreto manifestaba: «En atención a las especiales circunstancias en que la Nación se halla y accediendo a las numerosas peticiones de los alumnos llamados al servicio militar activo, de conformidad con lo propuesto por el ministro de Fomento, en nombre de mi hijo el rey Alfonso XIII decreto lo siguiente:

«1º Los exámenes ordinarios comenzarán en el presente año en todos los establecimientos de enseñanza el próximo 9 de mayo.

Dado en Palacio a 24 de abril de 1898.

M^a Cristina».

Era tal el momento de gravedad, que una vez que se supo que el senado norteamericano reconoció el derecho de beligerancia a los insurrectos, los carlistas que estaban en contra del régimen e incluso habían viajado a Europa para recoger fondos para su causa, decidieron volver al Parlamento.

Paralelamente, el general americano Weyler comunicaba al ministro de guerra de España que podrían volver a la Península los soldados heridos en Ultramar en 1897. Regresaron unos 450 aproxima-

(56) «Diario de Albacete», 30 de abril de 1898.

(57) Boletín Oficial de la provincia de Albacete, 13 de marzo de 1898.

(58) «Defensor de Albacete», 9 de mayo de 1898.

damente. Entre los soldados albaceteños heridos en Cuba figuraban los siguientes⁽⁵⁹⁾:

Pedro Molina (Villamalea)
Eulogio Pardo (Pozo Cañada)
Juan Domenet (Horcajo)
Antonio V. de Molin (Alcaraz)
Isidro Jiménez García (Balazote)
Desiderio Utiel García (Iniesta)
José García Gómez (Valdeganga)
Matías Talaya López (Albacete)
Manuel González (Bogarra)
Dionisio García (Jorquera)
Guillermo Molina (Peñas de San Pedro)
Vicente Martínez (Peñascosa)
Antonio Martínez (Albacete)
Julián Campos (Albacete)
Martín González (Yeste)
Jorge Carrasco (Abengibre)
Rafael Martínez (Hellín)
Ignacio Antequera (Hellín)
Adolfo Cuenca Gómez (Alcalá del Jucar)
Isidro García (Mahora)
Gabriel Valcárcel (Pozohondo)
Máximo Sánchez (Villapalacios)

Por otro lado, los soldados del Regimiento de Infantería de Otumba nº 49, naturales de Villarrobledo, Francisco Sánchez Roldán y Fausto Fernández, habían muerto en Cuba⁽⁶⁰⁾. A estos había que añadir numerosos soldados albaceteños fallecidos también en Cuba, pero a causa de la fiebre amarilla, cuya relación exponemos a continuación⁽⁶¹⁾:

Domingo Castillo Rufino (Albacete), Regimiento de la Princesa.
Gabriel Luzón (Bogarra), Regimiento de Otumba (La Habana).
Anacleto Pallarés (Bienservida), Regimiento Guipúzcoa (La Habana).
José Martínez (Yeste), Regimiento de Sevilla (Matanzas).
Pedro González (Villar de Chinchilla), Regimiento de Otumba (La Habana).
Santiago Molina (Montealegre), Regimiento de Otumba (La Habana).
Juan Villanueva (Paterna), Regimiento de Otumba (La Habana).

(59) «Diario de Albacete», 14 de enero de 1897.

(60) «Diario de Albacete», 8 de junio de 1898.

(61) «Diario de Albacete», 12 de junio de 1898.

Mientras tanto, en las Antillas, el señor Azcárraga dictaba una orden disponiendo que se enterrasen a los individuos de la tropa procedente de Cuba y Filipinas que muriesen en sus casas, a consecuencia de las enfermedades contraídas en aquellos países, y que sus gastos serían sufragados por el presupuesto de guerra, abonándose por los fondos del hospital militar más próximo al punto en que ocurriese el fallecimiento.

Se sabe que los soldados españoles morían más por la fiebre amarilla que por la guerra, al menos al principio de la contienda⁽⁶²⁾, debido a las dificultades que tenían para adaptarse a las condiciones climatológicas del Caribe, como en su día ocurriera con los conquistadores.

En cualquier caso, no dejaban de ser las primeras víctimas españolas del conflicto entre España y EE.UU., una guerra que España no debería haber aceptado, y que fue fulminante, dada la desproporción de fuerzas. Dejaremos el desarrollo de la contienda para el próximo número de Ensayos.

(62) BAHAMONDE, A. y JULIÁN TORA: «De la Restauración al desastre colonial»..., págs. 914-917.